

Adrián Sotelo Valencia, *Los rumbos del trabajo. Superexplotación y precariedad social en el siglo XXI*

Por José María Calderón Rodríguez*

Cada año se abulta la bibliografía de Adrián Sotelo en torno a los problemas del trabajo en el capitalismo dependiente y, más recientemente, en los países centrales y los que define como “nuevas periferias”. Aquí se reseña su último libro: *Los rumbos del trabajo. Superexplotación y precariedad social en el siglo XXI*, el cual presenté en la xxxiv Feria Internacional del Libro del Palacio de Minería en México, en febrero de 2013.

El problema del trabajo es central en la producción científica de Sotelo. La definición de trabajo que él da nos permite, de entrada, entender sus dimensiones:

(...) definimos el trabajo como una categoría filosófica, ontológica e histórica en el sentido de *principio originario* de la humanidad sin el que no es posible concebir siquiera vestigios de vida humana. El trabajo se diferencia de todas las sociedades anteriores por el hecho de que por primera vez en el capitalismo fue subordinado a la acumulación capitalista y, al mismo tiempo, convertido en una mercancía que se compra y se vende como cualquiera otra mercancía (p. 205).

Hasta aquí uno pensaría que se trata de un nuevo libro de sociología del trabajo con orientación marxista en donde se volverán a repetir las mismas definiciones para salir al paso, quizá, de los debates que en el ámbito académico dominan el panorama sobre el problema. No es así. La preocupación es más dilatada pues

* Sociólogo, politólogo y economista. Investigador del Centro de Estudios Latinoamericanos, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Profesor de la carrera de Sociología y de los posgrados de Estudios Latinoamericanos y de Ciencias Políticas y Sociales de la misma facultad. Responsable del proyecto No. IN301510 *Fiscalidad y democracia en México*, del Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica (PAPIIT). E-mail: <calderonjosema@hotmail.com>.

tiene que ver con el intento de ofrecer una explicación, insisto una explicación, no una mera descripción, de las transformaciones del capitalismo en el último medio siglo. Los cambios en el sistema del capital han sido espectaculares de la última posguerra a nuestros días, y por ello mismo hay un debate en curso en el que el autor tiene una posición que expresa a lo largo de cinco capítulos en poco más de 200 páginas. El nudo del debate es el siguiente:

(...) a pesar de los cambios históricos que ocurrieron en las últimas cuatro décadas en todo el mundo, no se alteró la esencia de dicho modo de producción (capitalista) como sostienen las tesis de la sociedad posindustrial y poscapitalista (ambas posiciones con ilustres exponentes); por el contrario, se redefinió y extendió a los espacios, territorios, poblaciones y fronteras de los países que sucumbieron con la estrepitosa desintegración de la Unión Soviética y del bloque socialista, y fue reforzado mediante la universalización de las políticas neoliberales comandadas por las políticas económicas y estratégicas de los países desarrollados. Se amplió, así, el radio de acción de la acumulación de capital y de las colectividades humanas que entraron en su lógica de producción, reproducción, intercambio y consumo, al grado de apreciar que hoy en día difícilmente se pueda encontrar una sociedad, un país o un territorio intocado por el sistema capitalista (p. 206).

Ahora, agreguemos, es posible afirmar, con todas las letras, que el sistema del capital, tal y como hipotizó Marx en *El Manifiesto Comunista*, es un sistema que abarca todos los ámbitos del planeta. Si esto es así, el estudio de Adrián Sotelo va en el sentido de mostrar cómo las relaciones esenciales de funcionamiento del modo de producción mantienen su vigencia. Aún no ha llegado el momento de arrojar el arsenal teórico marxiano “al cuarto de los trastos viejos”, y a eso se abocó Adrián. Por eso no es simplemente una obra de sociología del trabajo sino un esfuerzo importante por mostrar cómo la categoría del valor trabajo sigue siendo central para entender al capitalismo en su mutación actual, y no una categoría que perdió su fuerza explicativa y relacional en el modo de producción capitalista. Por ello, la hipótesis de trabajo que se encuentra en la base de este análisis sostiene que:

(...) el capitalismo norteamericano, europeo y global está llegando a un estadio del proceso histórico de la acumulación de capital y de la división internacional del trabajo donde produce menos valor, plusvalor y, por ende, tiende a castigar las tasas de ganancia y a elevar los déficit financieros del Estado, los cuales, como se observa en la Unión Europea (...) se intentan paliar recurriendo a una mayor explotación del trabajo mediante aumentos desmedidos de tiempo de trabajo sin compensación

salarial, mayor intensificación del trabajo y de un cúmulo de medidas de austeridad y de reducción del consumo de las poblaciones (p. 201).

La nueva “morfología del capitalismo” está fundada en la

tendencia a homogeneizar las tasas de explotación del trabajo conforme se va extendiendo, mediante diversos procedimientos, el radio de acción de la superexplotación del trabajo en el capitalismo avanzado con la disminución –o ralentización– del crecimiento de los salarios reales y las prestaciones de los trabajadores, el aumento del tiempo de trabajo en la jornada laboral y de la intensidad del trabajo, la cual se expresa, entre otros indicadores, en el hecho de que el número de máquinas manipuladas por asalariado pasó de 1 durante la posguerra a 5 en la actualidad (...) una ‘jornada normal’ de ocho horas de trabajo (...) en la práctica, sobre todo en los países dependientes y en algunas ramas (de producción) de los países avanzados, alcanza hasta 12 o 14 horas por día (p. 178).

Este concepto, que Ruy Mauro Marini puso al descubierto en las relaciones económicas de los países dependientes para explicar su articulación con las economías más avanzadas, en su obra seminal *Dialéctica de la dependencia* (1973), y que Sotelo encuentra también en las economías avanzadas, le permite hacer una profunda revisión del porqué constituye una tendencia que trastoca el funcionamiento global del capitalismo.

En efecto, según Sotelo, la superexplotación del trabajo, que definió al capitalismo dependiente a partir de los procesos de consolidación de los Estados nacionales y de las oligarquías liberales en torno a la segunda mitad del siglo XIX, actualmente está presente en las naciones del núcleo fuerte del capitalismo mundial “como mecanismo de contención de la caída de la rentabilidad y de las inversiones del capital, sin alterar su esencia o sustituirla en los países dependientes” (p. 164).

Para contrarrestar las decrecientes tasas de crecimiento económico y la caída de la tasa de ganancia que han estado presentes en las naciones hegemónicas del capitalismo (Estados Unidos, Alemania, Japón, Francia, Gran Bretaña, Italia, etcétera), el gran capital ha dirigido sus inversiones hacia el sector financiero y al *capital ficticio* asumiendo la dirección del sistema mundial a raíz del derrumbe de la Unión Soviética y el Consenso de Washington. El sector financiero se emancipó del sector productivo y pareció adquirir vida propia. No es casual que las diversas interpretaciones teóricas sobre la crisis hayan visto en el estallido de las burbujas financieras la caída de las bolsas de valores, en los fondos de

inversión, en los grandes bancos, las compañías aseguradoras y las inmobiliarias, el epicentro de las grandes tensiones y su impacto sobre los procesos productivos con su secuencia de despidos masivos y la reducción del gasto público en seguridad social, educación, recortes de jubilación, eliminación de empresas públicas y aumentos generalizados de impuestos.

Sin embargo, la crisis financiera es sólo una expresión

de mutaciones y ajustes maroeconómicos y del mundo del trabajo: contracción de la producción, disminución de los empleos productivos y aumento del desempleo estructural, caída de las tasas de rentabilidad y disminución de las tasas promedio de crecimiento que caracterizan al capitalismo contemporáneo, entre otras. Por ello, la superexplotación y la imposición de una relación trabajo-capital flexible, precaria y polivalente, cuya tendencia es consolidarse como normatividad de las relaciones laborales y contractuales en todo el mundo –(...) el toyotismo y la automatización flexible como nuevas formas de organización capitalista del trabajo–, son la esencia de las nuevas relaciones sociales de producción, propias de esta etapa de reestructuración y crisis global del capitalismo (pp. 164 y 165).

Para Sotelo, la categoría superexplotación “es históricamente *constituyente* de las economías y de las sociedades latinoamericanas”, y la novedad del capitalismo actual es que en los países avanzados del sistema capitalista “se va convirtiendo en *operativa*”, y hoy en “sus nuevas periferias” (los países de Europa oriental, por ejemplo) que funcionan como “nuevos eslabones de las cadenas mundializadas de producción de valor y de valorización del capital en la región europea” (p. 165).

¿En dónde se encuentra la diferencia específica de la existencia de la superexplotación en el capitalismo dependiente respecto al capitalismo central?

[En los] países dependientes (...) se configura –y funciona– bajo la égida de procesos de producción y del trabajo fundados en el plusvalor absoluto, en la intensificación del trabajo y, por último, en la reducción del fondo de consumo obrero (...) y en el capitalismo avanzado, por el contrario, la superexplotación se circunscribe a los ciclos dominantes del capital –que funciona en términos regionales e internacionales–, y opera bajo la hegemonía del plusvalor relativo; (el) incesante aumento de la capacidad productiva del trabajo, la aplicación de la ciencia y la tecnología a los procesos productivos y de trabajo y, por último, a las dinámicas internas de los mercados de consumo que reclaman cierto poder de compra de las clases trabajadoras que los dinamicen, aunque en muchas fracciones de ellas se estén reduciendo sus niveles salariales configurando poblaciones trabajadoras de bajos

salarios, pobres, precarias, polivalentes, con bajo poder de compra y acceso limitado para adquirir los satisfactores básicos para la vida (p. 165).

Para elevar la explotación y la producción de plusvalor, el capital hace gala de todos los procedimientos y recursos a su alcance, desde la prolongación de la jornada de trabajo (tendencia ya presente en Europa), el aumento de su intensidad (toyotismo y automatización flexible), el desarrollo de las fuerzas productivas a través del desarrollo científico-tecnológico (revolución industrial) que, en el largo plazo, promete realizar la utopía del capitalismo: sustituir a la fuerza de trabajo por las máquinas. Una más, ampliamente usada en los países dependientes, es recurrir a procesos de superexplotación de la fuerza de trabajo en el marco de la producción de plusvalor absoluto y relativo que incluyen la reducción del fondo de consumo obrero mediante su expropiación para transformarlo en una fuente más de acumulación de capital. Las otras dos fuentes son la apropiación total de la naturaleza y la acumulación por desposesión –como dice David Harvey en *El nuevo imperialismo*, publicado en 2003, en España– de los pueblos, de las comunidades y de las naciones.

Desde esta perspectiva, la crisis del capitalismo contemporáneo

1. no es una crisis inmobiliaria, 2. no es una crisis financiera o monetaria, 3. no es una crisis energética o alimentaria, 4. no es una crisis comercial o de sobreproducción (...) Es, en esencia, una crisis del modo capitalista de producción fundado en la hegemonía del capital ficticio; un capital que tiene una enorme dinámica e incidencia de especulación de la riqueza social, pero cuya reinversión en la esfera productiva es insuficiente para la reproducción ampliada del capital (pp. 86 y 87).

Por todo lo anterior, sostiene Sotelo, estamos ante

una crisis de los mecanismos subrepticios de la producción de valor y de plusvalor que centraliza el capital en la esfera financiero-especulativa y en las manos de los bancos y de las bolsas de valores con el objetivo de provocar el aumento de la tasa de ganancia y cuya consecuencia es enriquecer a porciones cada vez más pequeñas de la población mundial que acaparan partes mayúsculas de la renta mundial (...) (p. 87).

El 39 por ciento de la riqueza global se concentra en menos del 1 por ciento de la población mundial; en Estados Unidos, el 10 por ciento de los más ricos acapara el 81 por ciento de la renta del país (Michael Hudson, 2011, citado por Sotelo, p. 87). Pero también, sostiene Sotelo, estamos ante una crisis *estructural, sisté-*

mica y contradictoria: estructural porque opera en estructuras de acumulación y reproducción del capital de las que depende su autovalorización; sistémica porque es inherente a la dinámica de su funcionamiento y afecta el “metabolismo social del capitalismo en toda su dimensión global e integrada”, y contradictoria porque cada ciclo de crisis y expansión capitalista da origen a nuevas contradicciones y desequilibrios que devienen irresolubles con el paso del tiempo

tendencias muy fuertes a la caída de la tasa de ganancia; movimientos en contra de una mayor producción de valor y de plusvalor; aumentos incesantes del desempleo, del subempleo y de la pobreza; concentración y centralización del capital, inflación y desencadenamiento de guerras imperialistas contra las naciones subdesarrolladas (p. 88).

Durante esta era del capitalismo financiero, que rompe con la centralidad del trabajo como eje de las relaciones sociales, se introducen mutaciones fundamentales en las relaciones de fuerza entre capital y trabajo, entre capitalismo y democracia, y abre una autopista a la expansión del capital financiero para dar respuesta a las tendencias a las que ya hicimos referencia.

De acuerdo con sus epígonos y propagandistas, el capital financiero garantizaría una época de desarrollo ilimitado; empero, no ha traído como consecuencia eficacia y eficiencia económica sino, por el contrario, una ralentización del crecimiento, una más profunda separación en la distribución de la riqueza, una acentuada fragilidad de los órganos financieros mismos, una profunda separación entre economía y política, y una acción depredadora del capitalismo sobre el medio ambiente y los recursos naturales y el mismo ser humano. *Un capitalismo tóxico* (p. 207), como lo llama Adrián Sotelo y al que este cuidadoso proceso de disección y análisis contribuye a entender y prepararnos para buscar alternativas a la altura de las necesidades de la sociedad, del hombre y de la naturaleza.

Adrián Sotelo Valencia, *Los rumbos del trabajo. Superexplotación y precariedad social en el siglo XXI*, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM/ Miguel Ángel Porrúa, México, 2012, 224 pp.